(Des) Encuentros de la ciencia y el arte

Seudónimo: 978-84-8164-788-4

Al parecer hoy, de forma atrevida y despreocupada, con el eslogan “La Tadeo, donde la ciencia y el arte se encuentran” hemos resuelto ese asunto que exigió el pensamiento del filósofo Martín Heidegger, incluso en alguna ocasión ante un auditorio de científicos en Friburgo, entre 1951 y 1952, planteado en el libro *¿Qué significa pensar?:* “Todos concedemos sin reservas que el arte y la ciencia son completamente diferentes, aunque los oradores los mencionen juntos en los discursos festivos” 1.

Que se trate de un exceso de orador en día de fiesta académica, poco habrá de preocuparnos, pues entonces las cosas mismas se ocuparán de poner en evidencia su desproporción, una vez que en la vida misma de la academia sea patente que acaso su mentado encuentro en la Tadeo se dé acaso en la modalidad del necesario desencuentro y en el mutuo espolearse y contraponerse. Esto, suponiendo que nos atrevamos a pensar y que no valoremos de entrada la confrontación como algo nocivo y maligno, sino incluso como un necesario ingrediente y tonalidad emocional de la vida diaria de la universidad. Entonces quizá con el mentado encuentro se esté diciendo, como en el habla cotidiana y en las acepciones tercera y cuarta del sustantivo en el DRAE, la oposición, la contradicción, incluso la discusión, la riña y la pelea.

Quizá valdría la pena preguntarse (suponiendo que queramos pensar a fondo, es decir, adentrarnos en lo cuestionable y cuestionador) cómo es que llegamos al portento de hacer confluir ciencia y arte, como si se tratase de un híbrido desmesurado, a contrapelo de lo que filósofos, científicos y artistas han declarado y repetido durante siglos en Occidente, esto es, que estos dos modos de acceder a la experiencia o de configurar el mundo son totalmente diferentes. Más allá de las trivialidades de entrevista de revista de entretenimiento, en las que se habla y habla de la existencia de procederes creativos en el quehacer del científico o de la científica, o del rigor y el cuidado investigativo aplicado por los y las artistas en sus procesos de creación, no creo que este encuentro anunciado resista el diente.

Ahora bien, también podemos ser cándidos y bienintencionados y pensar que el lema anuncia un pensamiento muy novedoso, una manera de pensar que quiere divisar un horizonte inédito donde los métodos y los procesos creativos se hermanan, incluso donde somos capaces de pensar más allá de la diferencia tradicionalmente asignada a los dos modos de ver y ser, casi como en un giro nietzscheano, precursor de la postmodernidad, en el que la ciencia, pero también la política y la religión y la filosofía, son todas formas de arte o de ese modo de ser artístico que no sólo define al ser humano, sino que además le permite detenerse en este mundo que le es hostil y ajeno.

Cuando los presupuestos de investigación a nivel estatal privilegian de forma notable los proyectos en ciencias aplicadas y tecnología, y cuando los organismos encargados de medir la investigación en la Universidad a nivel nacional aplican criterios y nociones del conocimiento y del método científico bastante añejos que no sólo no se compadecen con las dinámicas actuales de generación y circulación de conocimiento científico, sino que también ignoran las especificidades del modo de proceder de ese pensar y hacer que englobamos con la palabra arte, entonces anunciar el encuentro de ciencia y arte señala una vía de pensamiento y resolución para muchos de estos problemas de nuestra actual afanosa productividad académica.

Tanto la polémica como el discurso exhortativo no son recomendados por el pensador al momento no sólo de querer pensar los problemas puntuales, sino incluso de intentar comprender el alcance de la pregunta acerca de si hoy aún somos capaces de pensar, en medio de este quehacer instrumental, adicto a la productividad y a los indicadores de gestión. Enfrascarse en la pelea por ganar el argumento o entonar cantos visionarios afinados por la promesa de la novedad y la originalidad, sólo buscan la exaltación individual del orador y descuidan ese poder de extrañamiento y de cuestionamiento que está en la raíz de las cosas. Mejor dejar entonces la pregunta o cambiar las comillas del lema por los signos de interrogación: la Tadeo se pregunta si la ciencia y el arte se encuentran.

Acaso los encuentros puedan ser propiciados, por mediadores diestros e ilustrados, en torno a puntos comunes o en los que es necesario mantener perspectivas que se confronten y que diverjan. Por ejemplo, la educación, la convivencia, el ejercicio democrático: que artistas y científicos y pensadores estén dispuestos a confrontar estos asuntos, que son algunos de nuestros problemas más apremiantes hoy, y que estén dispuestos a confrontarse y a disentir, sobre la base de un ejercicio de acompañamiento mutuo. Y sobre todo, estar dispuestos a dejarse afectar y cambiar por el interlocutor, es decir, atreverse a pensar.